

# Homilía en las Ordenaciones sacerdotales

## 16 de noviembre de 2013

### San Benito

#### Queridos hermanos en Cristo:

Estos jóvenes, contando con la presencia de familiares, amigos y comunidades parroquiales, serán ordenados para el ministerio presbiteral. Es importante que a la luz de la Palabra de Dios, consideremos la vocación a la que han sido llamados.

En el pasaje de Jeremías, escuchamos cómo se suceden las palabras que Dios le dirige y las dudas del profeta. Dominan las primeras que revelan cómo llama a su amigo desde el momento en que se formaba en el vientre materno y, antes que naciera, ya lo había consagrado profeta. En el lenguaje poético de los Salmos, la elección no es ocasional, sino que antecede al misterioso alumbramiento de la vida, porque Dios siempre toma la iniciativa cuando dice: «Yo mismo te **engendré** como **rocío**, desde el **seno** de la **aurora**» (*Salmo* 110, 3).

Las pocas palabras que siguieron de Jeremías ponen en evidencia que él calculaba sus fuerzas con criterios humanos, considerándose incapaz de responder a la vocación y a la misión que se le encomendaba. Pero Dios sale en su ayuda y lo anima, no solamente con sus palabras, sino que le promete permanecer a su lado: «Yo estoy contigo para librarte –oráculo del Señor–». Desde ese momento, cada palabra profética que surja de sus labios la reconocerá como proveniente de la mano extendida de Dios, que no deja de transmitirle su sabiduría.

Todo comenzó por iniciativa de la Palabra que vino a Jeremías. Y eso nos recuerda que el sacramento del Orden que hoy reciben, queridos diáconos, los pone en relación íntima con la Palabra de Dios. Ella viene a ustedes eligiéndolos y consagrándolos. Pasa con ustedes lo mismo que con la vocación de Jeremías, quien se dejó seducir por Dios (cfr. *Jr* 20,7). En realidad, para que la Palabra pueda hacer alguna obra buena en nosotros y a través de nosotros, tenemos que dejarnos poseer por la Palabra, como quien se deja cautivar por la verdad más excelsa que hemos conocido. Para esto, es necesario que los sacerdotes nos acerquemos a la Palabra con un corazón dócil y orante, para que ella penetre a fondo en nuestros pensamientos y sentimientos y engendre en nosotros una mentalidad nueva: «la mente de Cristo»

(1 Co 2,16); solo «permaneciendo» en la Palabra, serán buenos discípulos del Señor, conocerán la verdad y serán verdaderamente libres (cf. *Verbum Domini*, 80). Verán que Dios no abandona y experimentarán con el salmista que «tu bondad y tu gracia me acompañan a lo largo de mi vida» (*Salmo 22,6*).

El diálogo de Jesús con Pedro expresa de una manera plena lo que estamos celebrando en esta eucaristía. Es el último encuentro ocurrido en el curso de la relación entre el Apóstol y el Maestro. El amor y la fe de Pedro en Jesús habían pasado por un itinerario de purificación. El mismo Evangelio de Juan recoge aquella expresión tan entusiasta de Pedro: «Daré mi vida por ti» (*Jn 13,37*); luego, el evangelista narra las tres negaciones de su condición de discípulo; todo esto ocurre bajo la mirada silenciosa del Señor (*Lc 22, 61-62*); no obstante, pasando por la amargura del llanto penitente, solo de él se dirá que lo había seguido de «lejos» (*Lc 22,54*) durante la pasión. Hubo algo que quedó intacto en Pedro arrepentido.

El encuentro con el Resucitado a orillas del mar de Tiberíades da lugar a una triple confesión de amor que se corresponde con las tres negaciones. Esas heridas van a sanarse definitivamente en este diálogo amoroso. Hay un nuevo cruce de miradas, y lo que antes causó el temor del discípulo, ahora es atraído por el irresistible amor del Maestro que confirma su fe. En esa oportunidad, las palabras de Pedro marcan una clara diferencia con su apresuramiento y presunción en la Última Cena, cuando confiaba en sus fuerzas para seguir a Cristo hasta la muerte. En el diálogo, hay una cierta cautela del apóstol que no le impide confesar la verdad de su amor a Jesús, pero la tristeza en que se sumerge después de la tercera pregunta refleja el recuerdo de haberle fallado. En el «Tú lo sabes todo...» de la respuesta a la última pregunta, el amor de Pedro ha encontrado la medida de su humildad: él debía aprender que «dar la vida por Cristo» es un don que se nos da. El amor de Pedro crece en la medida del perdón. El amor que nace de saberse amado y perdonado. Después de este diálogo amoroso, Jesús lo confirma en el seguimiento y lo habilita a dar la vida en la sublime prueba del amor, como lo será su martirio<sup>1</sup>.

Queridos diáconos, esta ordenación es un diálogo de amor, después del cual el Señor los ungirá como sacerdotes para apacentar al pueblo de Dios y los invitará a dar la vida en el ministerio que hoy les confía.

La ordenación manifiesta la belleza del **don** –efusión del Espíritu que los ungirá con el crisma–; les concede una **gracia**: apacentar con «caridad pastoral, que es aquella virtud con la que nosotros imitamos a Cristo en su entrega de sí mismo y en su servicio. No es sólo aquello que hacemos, sino la *donación de nosotros mismos* lo que muestra el amor de Cristo por su grey.”(PDV 23). La caridad pastoral fluye

de la eucaristía como de su fuente...y se plenifica celebrándola; la caridad pastoral le da unidad interior entre lo que rezamos y realizamos en cada jornada en nombre del Señor...; y encierra una **promesa** que la vivimos con la certeza de la fe, que no defrauda. En esta mañana los invito a que nos dejemos fascinar por la contemplación del misterio de nuestra vocación sacerdotal y profética, como si nunca fuésemos conscientes del don recibido de la misma mano del Señor Jesús, que sigue tocando nuestros labios para anunciar a todos los hombres su infinito amor.

«Después de madura reflexión, estos hermanos nuestros van a ser ordenados sacerdotes en el grado de presbíteros: así harán las veces de Cristo Maestro, Sacerdote y Pastor, para que su cuerpo que es la Iglesia, se edifique y crezca como pueblo de Dios y templo del Espíritu Santo.

Al asemejarse a Cristo, Sumo y Eterno Sacerdote, y al unirse al sacerdocio de los obispos, ellos quedarán consagrados como auténticos sacerdotes del Nuevo Testamento, para anunciar el Evangelio, apacentar al pueblo de Dios y celebrar el culto divino, especialmente en el sacrificio del Señor.

Por eso, ustedes, queridos hijos, que ahora serán consagrados presbíteros, deben cumplir el ministerio de enseñar en nombre de Cristo, el Maestro. Anuncien a todos los hombres la palabra de Dios que ustedes mismos recibieron con alegría. Mediten la ley del Señor, crean lo que leen, enseñen lo que creen y practiquen lo que enseñan».<sup>2</sup>

Con la beatificación del Señor Cura Brochero, todos recibimos un testimonio ejemplar para nuestra espiritualidad sacerdotal. Se los propongo como modelo y guía pastoral; su vida fue un diálogo de amor con Jesús.

El Papa Francisco presidió por varios años las ordenaciones y quiero recordar una de sus expresiones que la hemos escuchado muchas veces. Queridos jóvenes, a partir de hoy están habilitados para «misericordear», esto es, para prodigar con generosidad la misericordia divina.

Que la Inmaculada, patrona de nuestro Seminario, los cuide.

✠Mons. Mario Aurelio Poli  
Arzobispo de Buenos Aires

---

1- cf. Lucio Gera, "El itinerario del amor de Simón Pedro a Jesús", en *Apacienten el Rebaño de Dios*, Buenos Aires, 1999, 87 ss.

2- Pontifical Romano, *Ordenación de varios sacerdotes. Alocución*.